

¿Es menester añadir autoridades, á razones tan convincentes? Sirva la de los legisladores, la de los antiguos sábios de Grecia y Roma [13], quienes casi todos miraron los espectáculos como fuente de mil desórdenes; la de nuestros hombres de la corte, que conocieron mejor el juego de las pasiones y el corazón humano, de la Rochefoucault [a], de Bussy-Rabutin, del príncipe de Conti, que compuso un tratado expreso contra los espectáculos, la de un magistrado tan esclarecido como era el Canciller d'Aguesseau, que ha hecho sobre ellos observaciones tan interesantes; finalmente, la de nuestros géneos más distinguidos, de nuestros mismos poetas, de Corneille, de Racine, de Quinault, de La Mothe [b], que se arrepintieron de haber trabajado para el teatro, y que despues de haber estudiado mui bien la ciencia de él, han sido los primeros en confesar sus peligros y su seduccion: tantas autoridades en todo género, darán ciertamente un nuevo peso á la razon. ¿Y quién se lisonjeará de saber mejor que los maestros en el arte, cuales son los efectos que puede producir [14]?

¿Qué pretextos pues, hija mia, quedan á sus partidarios! Que desnaturalicen cuanto quieran nues-

Voltaire, como una ocupacion que aparte á las jóvenes de la prostitucion; está idea sería la de un cura ignorante. Hay mucho tiempo antes y despues de los espectáculos, para que se hiciera uso de estos pocos momentos consagrados á placeres fugitivos y seguidos inmediatamente del disgusto." (*Micelanea de literatura.*)

[a] „Todas las grandes diversiones, dijo al Duque de la Rochefoucault son peligrosas: sale uno del teatro con el corazón tan lleno de todas las dulzuras del amor, y con el espíritu tan persuadido de su inocencia, que está uno preparado para recibir sus primeras impresiones, ó mas bien para buscar ocasion de causarlas en el corazón de algúno, para recibir los mismos placeres y los mismos sacrificios que uno ha visto tan perfectamente representados en el teatro.”

[b] Veanse en las notas sus pesares y los de Le Franc, de Gresset, de Riccoboni etc.

tros teatros, que los consideren abstractamente cuales deberian ser, cuales quisieramos que fuesen, no persuadieran á ninguna persona de prudencia y moralidad, que siendo como son, se les puede ver y frecuentar sin riesgo y sin pecado.

¿Cuántos padres débiles, madres imprudentes, maestros y directores indignos de serlo, se hacen efectivamente culpables, llevando á sus hijos y á sus discípulos á ellos, brindándoles ellos mismos la copa envenenada del placer y del deleite! Ah! sin esto, ¿no la beberán bastante temprano? ¿sus pasiones no se despertarán por sí mismas? ¿es necesario hacerlas nacer anticipadamente ó irritarlas?

Ó hija mia! mas ilustrada en tus deberes y mejor dispuesta á cumplirlos, mas instruida de los peligros del teatro, á fé mia que tu no irás á buscar en él un desahogo vano, ni conducirás allí á la Señorita de Senneville, ni correrás el riesgo demasiado real de extraviar allí su juventud; jamás llevarás allí á tus hijos; no habrás de ser su madre para coadyuvar á pervertirlos. El teatro no es la escuela de las costumbres; y aunque parezca serlo en cierta manera, los auxilios que ofrece á la virtud son mui insuficientes, y los motivos que le presenta son mui inferiores á ella. Si es la escuela del gusto, á lo sumo lo es de un gusto frívolo, que divierte el espíritu perjudicando á la razon. No conocerás gusto puro y sólido, ni discernimiento exquisito, que no sea el de la virtud; y siempre creerás que el arte de pensar bien, está unido al arte de buen vivir.

No olvides, hija mia, la facilidad con que nuestras ideas toman el tinte de cuanto nos rodea, y cuan ligadas están á nuestras primeras ideas nuestras primeras inclinaciones. Has pues de modo que tus hijos, que cuantos dependieren de tí, principalmente siendo todavía de tierna edad, nada vean ni oigan que no les de idea de la verdad y del amor al bien, sin mezcla ninguna.

Respecto de tí, mi querida Emilia, si tu marido redobla para en adelante sus instancias mas vivas en favor de los espectáculos, oponle las armas tan

poderosas que la naturaleza misma ofrece á tu sexo, cuando quiere hacer uso de ellas: redobla tus complacencias y las muestras de tu adhesion: hasle ver que tu corazon mismo no podria consentir en desviarse del amor que le tienes, por diversiones que imperceptiblemente tienden á alterarle, y que si se resiste á esto constantemente, es para conservarse siempre puro y fiel [15].

NOTAS.

PÁG. 56.

[1] *Que es pecar contra su espíritu y sus leyes.* „La distincion que algunos hacen de cómicos Franceses é Italianos, es mirada como irrision por las gentes sensatas é instruidas. Al contrario, es menester atenerse al principio incontestable, de que no se introduzcan distinciones, donde las leyes del reino y de la Iglesia no distinguen.” (Coleccion de decisiones de jurisprudencia, por Denisart, en la palabra cómico.)

Se pueden consultar sobre todo esto las *Máximas y reflexiones sobre la comedia*, por Bossuet, el *Tratado de la comedia*, que se halla en el tomo 3.º de los *Ensayos de moral* por Nicolé, y sus *Pensamientos sobre los espectáculos*, que están en el tomo 5.º; el *Tratado de la comedia y de los espectáculos*, del Príncipe de Conti; una exelente obra de Despres de Boissi, abogado del parlamento, titulada: *Cartas sobre los espectáculos* de las que se hace mucho uso en estas notas; una coleccion de disertaciones sobre esta materia, compuestas por el padre Consina á instancias de Benedicto XIV. Este mismo Pontífice, dió en 1.º de Enero de 1748, una declaracion auténtica, en la que protestó que a su pesar toleraba los espectáculos.

PÁG. 56.

[2] *Y diariamente los condena.* „No por negligencia, ni por relaciones, decia el Papa Gelacio, han usado nuestros predecesores de tolerancia para con ese escandalo, que yo espero abolir. Estoy persuadido de que han hecho las tentativas mas sinceras para destruirlo, y que siempre fueron frustradas sus buenas intenciones.”

PÁG. 56.

[3] *De que sean tolerados allí por una especie de necesidad estos lugares de prostitucion.* Necesidad verdadera ó pretendida: porque yo creo, que cualesquiera que fuesen las autoridades empleadas para este asunto, leyes mejores formarían otras costumbres; y sería posible sin duda, que unos príncipes virtuosos hicieran desaparecer y extirparan en los Estados que profesan el cristianismo, lo que no se conocia ni aun en los bellos dias de Roma pagana. Hasta 1738, no se habia llegado á ver ni una prostituta en una de nuestras ciudades mas distinguidas por su poblacion y su comercio; las mugeres honradas estaban en ella con mas seguridad: una desgraciada, venida de otra ciudad en aquel mismo año, dió como la señal de la prostitucion y del libertinaje; ahora la ciudad de que hablo está llena de ellas.

PÁG. 57.

[4] *Dan á su alma el golpe mortal que la debe perder eternamente.* El Abate Clement refiere este bello rasgo de Madama Henriqueta de Francia.

„Ella decia un dia á una persona á quien honraba con alguna confianza, que no concebía como se pudiese gustar algun placer en las representaciones del teatro, que para ella era un suplicio verdadero. La persona que la oyó hablar así, no pudo ménos que admirarse, y se tomó la libertad de preguntarle la razon. Os confieso, respondió la princesa, que por contenta que esté cuando voy á la comedia, luego que veo aparecer en la escena los primeros actores, caigo de súbito en la mas profunda tristeza: ved aquí, me digo á mi misma, hombres que se condenan con proposito deliberado por divertirme. Esta reflexion me ocupa y enteramente me absorve mientras dura el espectáculo: ¿qué placer puedo sentir en esto? (*Máximas para conducirse cristianamente en el mundo*).

Si la reflexion de Madama Henriqueta es verdadera, nada hay mas natural ni mas justo que el sentimiento que tan vivamente la afectaba, cuando estaba precisada á concurrir al teatro, y esta reflexion es toda verdad para cualquiera que tenga religion.

PÁG. 58.

[5] *O nos pondrá en el riesgo de sucumbir á él?* ;Cuantos hay que pretendieron ir una sola vez, ó por curiosidad,

ó por condescendencia, y fueron de tal modo y tan repentinamente seducidos por el teatro, que se volvieron sus partidarios mas celosos, y sus mas solícitos espectadores!

„Testigo Alypio, primer discípulo y despues amigo de San Agustin. Estudiando derecho en Roma, algunos de sus condiscipulos le propusieron un dia que fuese con ellos al anfiteatro. Alypio en otro tiempo habia amado apasionadamente los espectáculos; y San Agustin siendo su maestro en Cartago le habia curado de esta pasion. Alypio se creia disgustado de ellos para siempre: resiste á las invitaciones, á los ruegos, á las instancias urgentes de sus amigos, mas estos le llevan por fuerza. „Es vano, les dice, que me hagais violencia; vosotros podeis hacerla á mi cuerpo, pero nada podeis sobre mi espíritu; en medio de vosotros, en el anfiteatro, estaré en mi gabinete con mis libros.” En efecto, Alypio cerró constantemente los ojos mientras duró el espectáculo; y en vez de tomar parte ninguna en él, solo se ocupó de sus reflexiones. Mas de repente un clamor extraordinario irió sus oidos y exitó su curiosidad, abrió los ojos: apenas vió el espectáculo, cuando se sintió interesado por él; arrebatado, sacalo fuera de sí, mezcla sus gritos y sus aplausos á los de los otros espectadores, y sale por fin mas poseído que nunca del amor al teatro.” (*El Abate Clement, en el lugar citado.*)

PÁG. 59.

[6] *En los juegos, &c.* Puesto que aquí se trata de todas las especies de placeres que la religion condena, quanto se podría decir de esa manía del juego, tan comun en nuestros dias, que indistintamente hace entrar y comer en la misma mesa al príncipe y al vagabundo, á la duquesa y á la prostituta, al hombre honrado y al pícaro; que hace que los unos arriesguen la pérdida del honor y de la provida, los otros la pérdida del pudor y de la inocencia, y todos la pérdida del tiempo y de la fortuna: que hace aventurar en una carta lo que hubiera bastado para la dicha de veinte familias; y que á veces reduce á la mas espantosa indigencia, á las que entre no otros eran mas distinguidas y opulentas!

PÁG. 59.

[7] *En circos, en bailes.* Lo que se dice aquí de los espectáculos, se debe decir con mucha mayor razon de los bailes que no son menos peligrosos. Un autor dramático muy conocido, (Mr. de Boissi, *Talento á la moda*), en el teatro italiano, y con motivo de los bailes, hace decir

á uno de sus personajes, por otra parte muy aficionado á toda clase de placeres.

„Las mugeres, sin guardar el menor miramiento, dirigen á los hombres, con cabriolas y brincos, con perneadas y saltos. „Oh siglo! Oh tiempos! Oh costumbres! Que indecencia!”

El célebre Bussy-Robin, de la Academia Francesa, aquel famoso cortesano cuyo testimonio no será sospechoso para las gentes de mundo, escribia sobre este mismo asunto á Mr. de la Roquette, Obispo de Autun, una carta que no será inoportuno transcribir aqui.

„He leído, señor mio, el dictámen sobre los bailes, que me enviasteis; y pues que deseais saber lo que pienso de él, os diré, que jamás he dudado que fuesen peligrosos. No solamente mi razon, mas tambien mi experiencia me lo han hecho creer así; aunque sea muy respetable el testimonio de los padres de la Iglesia, tengo para mí que en esta materia debe ser de mayor peso el de un cortesano sincero. Bien sé que hay personas que corren menos peligro en estos lugares que otras: apesar de esto los temperamentos mas frios se acaloran allí; y aquellos que son bastante helados para no ser conmovidos allí, como que ningun placer tienen, tampoco concurren. Así, ni es menester prohibirlos; ellos se lo prohiben á sí mismos. Cuando no se tiene placer en esto, los cuidados de adornarse y las desveladas cansan; y aunque no haya placer, hay ciertamente un gran riesgo de ofender á Dios. Estas concurrencias ordinariamente se componen de personas jóvenes, que difícilmente resisten las tentaciones en la soledad y muchísimo menos en estos lugares, en que los bellos objetos, las luces, la música, y la agitacion de bailar encenderian á los anacoretas. Las personas ancianas, que pudieran hallarse en los bailes, independientemente de su conciencia, serian ridiculas concurrendo allí; y los jóvenes, á quienes la condescendencia lo permite, no podian hacerlo sin exponerse á muy grandes peligros. Así pues, soy de sentir que cuando uno es cristiano es menester no ir á baile, y creo que los directores llenarian su deber, exigiendo que no asistiesen á ellos las personas cuyas conciencias dirigen.” (Vease el tomo 4.º de la *Coleccion de las cartas de Bussy*, edicion de Amsterdam, 1738).

[*] *La indecencia es hoy mayor que nunca por la naturaleza de esos bailes nuevos, de esos alemandus, que á juicio de los menos prevenidos, hacen sonrojar el pudor y debieran desconsertar la virtud menos severa. Con todo, en esta clase de bailes se forma la edad mas tierna; y ahora tenemos casi en todas partes los bailes de los niños.*

[8] *Trocado en máximas que se acomoden mejor á sus debilidades.* „Tambien el hábil poeta, el poeta, que procurando agradar al pueblo y á los hombres vulgares, sabe el arte de conseguirlo, se guarda bien de presentar la imágen sublime de un corazon dueño de sí, que solo escucha la voz de la sabiduría; ántes bien complace á los espectadores con caracteres siempre contradictorios, que quieren y no quieren; que hacen rezonar el teatro con gritos y gemidos; que nos obligan á compadecerlos aun cuando están cumpliendo su deber, y á pensar que la virtud es cosa mui triste, pues que hace tan miserables á sus amigos. Pues este medio, con imitaciones mas fáciles y mas diversas, el poeta conmueve y halaga demasiado á los espectadores.

„Este hábito de someter á sus pasiones á las gentes que se nos hace amar, altera y cambia de tal modo nuestros juicios acerca de las cosas laudables, que nos acostumbramos á honrar la flaqueza de alma bajo el nombre de sensibilidad; y á tratar de hombre duro y sin sentimientos á quienes la severidad del deber sobrepone en todas ocasiones á las afecciones naturales. Por el contrario, apreciamos como personas de buena índole aquellas que afectadas vivamente de todo, son el eterno juguete de los acontecimientos, aquellas que lloran como mugeres la pérdida de lo que les fué querido, aquellas á quienes una amistad desordenada induce á cometer injusticias por servir á sus amigos, aquellas que no conocen mas reglas, que la inclinacion ciega de su corazon, aquellas que siempre alabadas de mugeriles, no tienen otras virtudes que sus pasiones, ni otro método que su flaqueza. Así, la igualdad, la fuerza, la constancia, el amor de la justicia, el imperio de la razon, insensiblemente se vuelven cualidades aborrecibles, vicios que se denigran. Los hombres se hacen honrar con cuanto los hace dignos de desprecio; y ese trastorno de las sanas opiniones, es el efecto infalible de las lecciones que se van á recibir en el teatro.” (Rousseau.)

[9] *Y cada uno adopta, segun su gusto y su génio, la que le conviene mejor.* Es mui necesario que tengamos sobre esto la misma delicadeza que los Atenienses tenian en tiempo de Eurípides. Este poeta habia puesto en boca de Bellerophon un elogio magnífico de las riquezas, que terminaba con estas palabras: „Son las riquezas el soberano bien del linage humano; y con razon exitan la admiracion

de los Dioses y de los hombres.” Todos los espectadores dieron una señal de reprobacion; y se hubiera lanzado al cómico, si Eurípides no hubiese venido á suplicar á la concurrencia, que aguardara el fin de la pieza, en que el admirador de las riquezas recibia el castigo merecido.

El mismo Eurípides estuvo á punto de ser citado ante los magistrados con motivo de aquella respuesta que hace dar á Hipólito: „Mi lengua ha pronunciado el juramento, mas mi corazon no ha consentido en él.”

En general, es bueno observar que los antiguos sabian mucho mejor que nosotros aprovecharse de los espectáculos. Los ligaban en cierto modo al sistema de la legislacion; ordinariamente los hacian servir para confortar la moralidad, el espíritu nacional y la religion. Los poetas y los filósofos, en el siglo en que estamos, las mas veces los emplean para destruirlos.

D'Arnaud, en su discurso preliminar sobre el Conde de Comminge, y con motivo de un espectáculo mas peligroso todavía y mas licencioso que todos los demas, hace una reflexion que merece toda la atencion del poder público. „Los hombres ilustrados, que conocen el poder de lo fisico, no podrian ser mui cuidadosos en elegir los objetos que los rodean, y las impresiones que reciben. Las almas conmovidas con imágenes nobles y tiernas de virtud, de humanidad, de amor á los deberes, estarán seguramente mas preparadas á las buenas acciones, que aquellos espíritus alimentados con fuegos incipientes, y dedicados á la frivolidad y á triviales bufonadas. Cuando los Atenienses resistieron las fuerzas del gran rey, no concurrían á escuchar músicos (6 poetas) afeminados; iban á inflamar su valor á la representacion de los dramas inmortales de Sófocles y de Eurípides.

[10] *Que mas bien quisiera uno el papel principal, que aquel que se le contrapone.* Tal es lo que se experimenta en cierto modo en el Misántropo, tanto como en el Glotioso, esta pieza de caracteres y sentimental, por la que, mas que por ninguna otra, se sentia uno inclinado á favorecer el teatro, si no presentara tantos inconvenientes á la vez: allí se ofrece el *Glorioso* tan grande bajo ciertos aspectos, luego que se presenta en escena; tiene su papel tan nobleza y magestad, pero de magestad falsa que sin embargo lisongea nuestro loco orgullo; sobresale tanto su afable rival, y triunfa de él tan perfectamente, que por poco inficionado que uno esté del mismo vicio, quisiera mejor, ser como apatece el Conde de Turfière, que ser el mui honesto, mui ridículo y mui desgraciado Philinte. En una pieza tan bella

cuantas otras cosas hay que reprender acerca de las costumbres!

Se vería uno tentado de analizar aquí nuestras más bellas piezas, así tragedias como comedias, si fuera permitido formar una disertación en una simple nota; y me atrevo á creer, que á excepción de Esther y Atalia, que no fueron compuestas para nuestro teatro, hubiera sido fácil probar que no hay tal vez ninguna en la que se gane más que perderse con respecto á la moral.

Rousseau ha realizado con mucha exactitud los inconvenientes que relativamente á la moral presenta el poner en manos de los niños las fábulas de La Fontaine: con un análisis tan exacto, cuantos inconvenientes aun más sensibles no hallaríamos en poner nuestras mejores composiciones dramáticas á la vista y en manos de los hombres, y principalmente de la juventud!

PÁG. 67.

[11] *Segun las circunstancias y las disposiciones de quienes las reciben.* „Con pintar el ridículo de los estados que sirven de ejemplo á los demás, más bien se les propaga que se les extingue; y el pueblo siempre mono é imitador de los ricos, concurre al teatro más para reírse de las locuras de estos, que para estudiarlas y hacerse más loco que ellos imitándolos. He aquí de lo que fué causa el mismo Moliere: corrigió la corte inficionando la ciudad; y sus marquezas ridículas, fueron los primeros modelos de los petimetres lugareños que vinieron después de aquellos.” (Rousseau).

PÁG. 67.

[12] *Envilecidos, por más que se diga, por una preocupación racional.* Por más que se diga de las pasiones, tan inclinados á lisonjear á quienes contribuyen á satisfacerlas, el oficio del cómico será siempre envilecido por su naturaleza, porque de cualquiera manera, siempre será bajo darse uno en espectáculo, para divertir á los demás por interés de dinero, hacer por profesión papeles que nos son extraños: representar por obligación una persona que no es uno mismo, siendo tan pronto rey de teatro como ciudadano, ora un héroe y las más veces un bribón, sucesivamente Alejandro y Crispín; hacer al público que compre la facultad de censurar nuestros gestos, nuestros modales, de silvamos en la cara, y de insultarnos en persona.

Ved aquí como habla el filósofo de Ginebra: „¿Cuál es pues en realidad el espíritu que un cómico recibe de su estado?”

„Una mezcla de bajeza, de falsedad, de orgullo ridículo y de abatimiento indigno, que le hace propio para toda clase de personajes, más para el más noble de todos, para el del hombre, de que se desprende. Sin duda es un gran mal ver á tantos criminales en el mundo haciendo papel de hombres honrados; empero, ¿hay cosa más odiosa, más chocante, más baja, que ver á un hombre honrado hacer en la comedia el papel de un criminal, y apurar todo su talento en hacer prevalecer máximas criminales, de las que él mismo está profundamente horrorizado?”

„Si en todo esto solo se ve una profesión poco honesta, todavía se debe mirar un orden de malas costumbres en el desorden de las actrices, que el de los actores produce inevitablemente y trae consigo. Mas ¿por qué tal desorden es inevitable? Oh! por qué? En cualquiera otro tiempo, no fuera menester preguntarlo. Pero en este sí, en que reinan tan ferrozmente las preocupaciones y el error bajo el nombre de filosofía, los hombres embrutecidos con su vano saber, han cerrado su entendimiento á la voz de la razón, y su corazón á la de la naturaleza. . . Yo pregunto pues, ¿cómo un estado cual es el del cómico, cuyo único objeto es mostrarse al público, y lo que es peor todavía, mostrarse por dinero, podría convenir á mugeres honestas y avenirse en ellas con la modestia y las buenas costumbres? ¿Se necesita por ventura discutir sobre las diferencias morales de los sexos, para conocer cuan difícil es, que aquella que por precio se franquea en representación, deje muy pronto de franquearse en persona, y que alguna vez no se deje inducir á satisfacer deseos, que tanto cuidado ha puesto en evitar?”

„¿Qué! ¿una muger honesta y virtuosa, sin embargo de mil tímidas precauciones, puesta en el menor peligro tiene mucha dificultad todavía para salir ileso de la prueba; y estas jóvenes audaces, sin otra educación que un sistema de coquetería y de papeles amorosos, con un adorno muy poco modesto, cercadas de una juventud ardiente y temeraria, en medio de gratos recursos de amor y de placer, resistirán á su edad, á su corazón, á los objetos que les rodean, á los discursos que se les dirigen, á las ocasiones siempre renovadas, y al oro á que están ya medio vendidas? Sería menester suponernos con la sencillez de un niño, para querernos engañar en este punto.” (Cartas sobre los Espectáculos).

PÁG. 70.

[13] *Sirva la de los legisladores, la de los antiguos sábios de Grecia y Roma.* Solón se opuso fuertemente al establecimiento de los teatros; preveía las consecuencias funestas de ellos, y el resultado comprobó que había previs-

to muy bien. Plutarco atribuye la corrupcion y pérdida de los Atenieses, á la pasion que el pueblo tuvo por este género de diversiones. En Lacedemonia, no se representaban tragedias ni comedias. Platon las reprobaba como diversiones conducentes á volver los hombres apasionados. Cicerón, en las Tusculanas exclama sobre esta materia: „Oh bella escuela! Si de ella se quitara lo que presenta de vicioso, no habria en ella espectadores.” El tierno y galante Ovidio exclama de esta manera; „no toques aquellos poetas que solo respiran ternura: *teneros ne tange poetas.*”

El año 400 de la fundacion de Roma, los censores propusieron al Senado que mandase construir un teatro de piedra. El gran Scipion se opuso á ello, y dijo sobre esto un discurso tan vehemente, para probar que los teatros corromperian infaliblemente á los Romanos, que inmediatamente se vendió por orden del Senado, quanto se habia preparado para la construccion del teatro. Los sucesos posteriores hicieron ver que Scipion no se habia engañado; el establecimiento de los espectáculos en Roma fué la época del lujo y de la molición, que al fin corrompieron aquella famosa República.” (Máximas).

„Se cree responder á todo, dice el Abate Clement que refiere este último rasgo, con decir que los teatros de hoy son muy diferentes de lo que fueron en otro tiempo. ¿A quién se cree que se habla de este modo? ¿No tenemos el teatro de Eurípides, de Sófoles, de Menandro, ni el de Séneca, de Plauto, de Terencio? Que se les compare con los de Racine, de ambos Corneille, de Moliere, y se verá cuales son mas propios para corromper el corazon. Y la impiedad que algunos autores trágicos han afectado poner en sus obras, ¿no es una de las causas de la irreligion que de dia en dia se difunde y se establece?” (Allí mismo)

PÁG. 70.

[14] ¿Y quién se lisonjeará de saber mejor que los maestros en el arte, cuales son los efectos que puede producir? Corneille no se tranquilizó nunca del todo acerca del abuso que habia hecho de sus talentos.

Ved aquí lo que Racine escribió á su hijo tocante á los espectáculos: „Creeme, hijo mio, cuando supieres hablar de comedias y novelas no habrás adelantado poco para con el mundo, y esto no será la cualidad porque serás mas estimado. . . . Sabes lo que he dicho de las óperas y de las comedias; se va á representar á Marly. El rey y la corte saben el escrupulo que hago de concurrir á ellas; y formarían mal concepto de tí, si en la edad en que estas, tuvieras tan poco miramiento á mi persona y á mis opinio-

nes.” (Veanse las Memorias sobre la vida de Juan Racine, por su hijo Luis Racine, autor del Poema de la religion.)

Quinault se arrepintió, aunque algo tarde de un talento tan facil como mal empleado.

La Mothe ha manifestado los mismos pesares: y trabajando todavia para la escena francesa, ved aquí la confesion que hizo al público en su discurso sobre la tragedia: „Nosotros no nos proponemos ilustrar el espíritu acerca del vicio y de la virtud, pintándolos con sus verdaderos colores. Nos proponemos mover las pasiones con la mezcla de uno y otra; los homenajes que á veces tributamos á la razon, no destruyen el efecto de las pasiones que lisonjeamos. Instruimos un momento, pero hemos seducido mucho tiempo; y por grande que sea la lección de moral que pueda ofrecer la catastrofe con que termina la pieza, el remedio es muy débil y viene muy tarde.” A estas autoridades pueden añadirse las de autores mas modernos todavia.

Le Franc, de la Academia francesa; y autor de Dido así habla contra los teatros, declarándose contra cualquiera que los defendiere: „Mucho tiempo ha que se toma empeño en reducir á problema teológico esta proposicion: *¿es pecado ir á la comedia?* No se olvida fundar la negativa en todas las distinciones posibles, en todas las condiciones capaces de asegurar; se pide que la pieza no tenga nada de deshonesto ni criminal; que quien concurre al teatro, no vaya por una inclinacion al vicio, ni tenga una alma fácil de conmoverse; que sea dueño de su corazon, de sus pensamientos, de sus miradas: que ni lo que oye, ni lo que vé, le sean ocasion de caída ni de tentacion. Es por cierto admirable semejante teoria. ¿Quién me responderá de la práctica? ¿Será por ventura este nuestro casuista? Que vaya pues á la comedia; á la vuelta yo apelo sobre esto á él mismo.”

Gresset, tambien de la Academia francesa, despues de habernos hecho observar, que la historia del arte dramático es mucho mas la série de pecados célebres y de arrepentimientos tardios, que la de triunfos decorosos y la de la gloria sin remordimientos, él mismo declara su arrepentimiento, por el buen éxito que alcanzó siguiendo la misma carrera. Ved aquí algunos de los motivos que expone en su carta impresa en 1759, y que le indujeron á formar esta especie de abjuracion. „Yo os confieso, dice, que hace algunos años tenia mucho que sufrir interiormente, por haber trabajado para el teatro: estando convencido, como siempre lo he estado, de las verdades luminosas de nuestra religion, la única divina, la única incontestable. Levantábanse dudas muchas veces en mi alma, tocante á un arte tan poco adecuado al espíritu del cristianismo; y sin quererlo, me hacia reproches infructuosos, que yo procuraba no examinar ni profundizar; siempre combatido y siempre débil, diferia juzgarme por el temor de convertirme y por el deseo de complacerme. ¿Qué fuer-

za podían tener unas reflexiones involuntarias, contra el poder de la imaginación y la embriaguez de la falsa gloria! Animado por la indulgencia con que el público había honrado á *Sydney* y al *Malvado*, fascinado por las solicitudes mas influentes, seducido por mis amigos, juguete de otros y de mí mismo; llamado al mismo tiempo por aquella voz interior siempre severa y siempre justa, padecía yo, y no por esto trabajaba ménos en el mismo género. No hay á la verdad situación mas penosa, cuando se piensa, que ver uno su conducta en contradicción con sus principios, encontrarse uno mismo falso, y mal consigo propio. Yo procuraba sufocar aquella voz de los remordimientos, á la cual no se puede imponer silencio; ó procuraba responderle con malas autoridades, que yo me daba por buenas. . . . Yo debí reconocer desde entónces como lo reconozco ahora sin duda y sin entusiasmo, que no se llegaría jamás á justificar la composición de las obras dramáticas y la frecuentación de los teatros. . . . Todo fiel, sea quien fuere, cuando sus extravíos han tenido alguna publicidad, debe olvidar su retractación, y dejar un momento á su arrepentimiento, y cuando hay algunos escritos que reprenderse, es menester condenarse sin reserva, luego que los remordimientos le condenan; sería muy incierto contar, con que tales escritos sean quemados en la vela que debe alumbar nuestra agonía. . . . Yo me retracto pues solemnemente, de cuanto tengo escrito en tono poco reflexivo en mis bagatelas rimadas. . . . El único pesar que me queda, es no poder borrar suficientemente el escándalo que con esta clase de obras haya dado á la religion, y el de no tener posibilidad de reparar el mal que hubiere causado sin quererlo. . . . Las gentes de buen tono, los medio razonadores, los compasivos incrédulos, pueden á su gusto burlarse de mi retractación; yo me quedaré siempre muy recompensado de su pequeña censura y de sus sátiras insultas, si las personas sensatas y virtuosas, si las almas honestas y piadosas, ven mi humilde retractación con aquella satisfacción pura que produce la verdad luego que se manifiesta.”

Riccoboni se explica de este modo en el prologo de su *Tratado de la reforma del teatro*: „Creo que puntualmente á un hombre como yo, le conviene escribir sobre esta materia; y esto por la misma razon de que habiéndose hallado en medio del contagio, y habiéndolo tenido la dicha de salvarse de él, está mas capaz de hacer una descripción exacta de ella. . . . Lo confieso pues con sinceridad; conozco en toda su extensión el gran bien que produciría la supresion completa del teatro, y convengo sin dificultad en todo lo que tantas graves personas y de un género superior han escrito sobre este asunto.”

El mismo autor, con mucha fuerza y verdad hace ver los efectos del teatro, con respecto á la juventud. Comunmente,

dice, los niños están muy bien educados hasta los diez años; de los diez años á los quince la educación decae, y los niños comienzan á ser echados á perder, las mas veces aun por su padre y por su madre; por fin, de los quince años á los veinte, los jóvenes dueños de sus acciones, acaban por corromperse á sí mismos.

„Los padres ordinariamente se ocupan mas de la apariencia de lo exterior, que del fondo y de lo esencial de la educación de sus hijos. Solo se procura enseñarles la urbanidad, bellas modales y el uso del mundo; de suerte que á los diez años ellos están capaces de aparecer en lo que se llama las mejores concurrencias, en donde se tiene gran cuidado de presentarlos. Allí es donde oyen hablar de esta especie de materias; que pueden, ó excitar su curiosidad ó desarrollar el germen de sus pasiones. Allí es donde, á una edad todavía tierna y tan susceptible de impresiones de vicio, empiezan á conocer este y á familiarizarse con él.”

„Estos principios de corrupción reciben una nueva fuerza en los espectáculos públicos, á donde los padres y madres tienen la imprudencia de empeñarse á llevar á sus hijos de uno y otro sexo [*]. Pero ¿qué mortales golpes no deben dar á su inocencia, el número infinito de máximas

[*] *Ah! ¿qué será cuando en las sociedades ó en los colegios se permitiese á los jóvenes hacer ellos mismos de actores! Perderán, como se ha observado, el curso de sus estudios, el amor al trabajo, y adquirirán gusto por la disipación; este inconveniente, siendo tan grande, dice el *Abate Baiteux* en su *Curso de Bellas Letras*, es quizá el menor que se puede presentar.*

La distribución de los papeles, es otro mas importante todavía. Elígese para desempeñarlos, á quienes pueden hacerlo mejor, y que por ciertas cualidades tienen una disposición muy natural: lo cual, dice el mismo autor, les afirma un defecto y á veces tambien un vicio para toda la vida.

„Por ejemplo, un joven es rico, elegante; se le excoge por este motivo, para hacer al *marquesito*, al *presumido*. Es perezoso, indolente, se le elige para representar la *indolencia*, la *pereza*. Si es elevado hará de *glorioso*; si mentiroso, hará el *primer papel* en la *comedia de Corneille*; si duro, representará á *Atreo*. Si es dicipado, pillo, aturdido, representará el *criado*. De manera, que aquellos defectos y vicios, que con la educación se debieran corregir, se refunden por este medio en el caracter. ¿Qué diremos de aquellas otras pasiones mas vivas to-

pestilentes que se esparcen en las tragedias y en las operas, y las expropciones, las imágenes licenciosas que ofrecen las comedias! Jamás las borran de su memoria. . . Ven á los grandes, á los funcionarios públicos, á los ancianos, &c. que las aplauden. Se imaginan que cuanto se les expone es digno de retenerse. . . Obran consiguientemente, cuando gozan de su libertad; y vedlos aquí corrompidos en el corazon y en el espíritu, para todo el resto de su vida. . . Pero, ¿qué inconveniente hay, se dice, en que oigan hablar de la pasion del amor? Es menester que la conozcan tarde ó temprano. He aquí lo que estoy mui lejos de creer: siempre se debe ignorar el libertinaje. Mas aun cuando en el teatro se manejara con mas reserva esta pasion, ¿habria ménos inconveniente, y, si me atrevo á decirlo, menos crueldad en darles lecciones prematuras é infinitamente peligrosas en una materia tan delicada? ¿Lo habria ménos en hacerles correr el riesgo de perder su inocencia, aún antes que sepan cual es su precio, y cuan terrible é irreparable sea esta pérdida? ¿Y los padres se interesarán en conservarles esta virtud, si conocen su precio? Con todo, eso se les espera despues, cuando sus hijos dan en desórdenes perjudiciales á su fortuna."

Por último, Rousseau, tambien autor dramático, y que segun su confesion jamas faltó voluntariamente á ninguna representacion de Moliere, ha reunido y presentado en toda su claridad los peligros de los teatros. Hombres célebres han pretendido contestar á la carta que escribió sobre esta materia; pero en mi concepto, no han respondido, ni á la menor parte de los argumentos que el oponente; y a pesar de tanto espíritu, tanto arte y talento, ¿la respuesta de ellos hubiera sido tan débil, si la causa que se encargaron de defender no hubiera sido la ménos buena?

PÁG. 72.

[15] *Es para conservarse siempre puro y fiel.* Un ejemplo sorprendente me ha confirmado la exactitud de esta reflexion. Cierta persona a quien yo queria, se acababa de casar con una jóven que habia sido educada en los mejores principios. El creyó aumentar su dicha y la suya, infundiéndole gusto por los placeres á la moda, y obligándola en cierto modo á concurrir al teatro. Yo me esforcé envano á darle á conocer los peligros y las consecuencias de esto.

davia, cuyo propio papel, y circunstancias que fácilmente se preven, inducirán á los jóvenes actores á penetrarse de ellas? ¿Para cual edad no serán peligrosos semejantes papeles!

La jóven esposa se apasionó mui pronto por cuanto hasta entónces habia repugnado mas. De estos primeros gustos nacieron otras pasiones, y a mui pocos años produjeron una separacion; cuando esa sucedió, mi desgraciado amigo me dió parte de todos sus pesares, que han acabado con abreviar sus dias.

CARTA TRIGESIMA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

¿En qué embarazos, en que triste y cruel perplexidad me poneis! Yo empesaba á adquirir una especie de tranquilidad, y vos me la quitais. Ah! ¡compadeseos de mí, no me dejéis en mi ceguedad! Mas ¿qué digo? ¿y que compasion bárbara es esta que me alludáre á engañarme! Padre mio, vos quereis mi felicidad mas que yo mismo: pues por qué será menester que yo no me sienta con fuerzas bastantes para cooperar á ella con vos! Quereis que huya yo del objeto que me es querido, que le aleje... yo, para quien un dia de ausencia es todavía mui largo. Oh cielo! ¡Cuán arrepentido estuve de mi indiscrecion, cuando lei este consejo que me dais! ¡Alejar á la infortunada Senneville, á esta amiga de la Condesa, á este depósito precioso que le ha sido confiado! Porque, lo diré por fin, ella es á la que amo; y ved aquí el resto de mi secreto, que todavía no me habia atrevido á descubrirlo enteramente. ¿Mi esposa podria consentir en esto? Su adhesion iguala casi á mi amor, y solo discrepa en que aquella es mas perfecta y mas pura: ellas se han hecho necesarias la una para la otra; nosotros tres, solo tenemos ya un espíritu y un corazon. ¿Qué diria el mismo público, si Senneville se alejara? ¿Y con que pretexto podria verificarse una separacion que los miramientos han hecho como imposible....? Por otra parte, ¿no podré yo amar sin crimen? La ley natural no me prohibe tener un corazon sensible. ¿Pues por qué el cielo le ha hecho tan tierno, si me ha vedado amar....? Mas ¿qué digo? y querré